

## EGLOGA DUODÉCIMA.

De tanta suavidad fueron los versos de los pastores y con el silencio de la noche tan agradables de oír, que unos vencidos de su dulzura se quedaron en el sosegado sueño sepultados, y otros levantando los espíritus á contemplaciones mas altas alabaron las celestiales lumbres, que puestas por testigos de nuestras vidas con resplandecientes ojos consideran los secretos de la noche que en aquella sazón con tan agradable vuelo pasaba; que si en nuestros mortales oídos cupiera semejante gloria, entonces mejor que nunca pudiéramos oír los divinos cantos de las estrellas, si es verdad que también como las demás cosas ellas en medio de nuestra quietud alaban con doradas lenguas la fuente de adonde su hermosura nace. Mas luego que las alegres luces del alba restituyeron al mundo su alegría, y en el oriente se declaró la mañana tan resplandeciente y bella que no sé si de las rosas tomaba su hermoso color, ó á ellas su mucha frescura se lo daba, dejando los pajizos lechos todos á concluir los comenzados sacrificios nos aprestamos; y habiendo primero el ilustre Anfimedonte coronado de verde arrayan sus blancas

sienes, siguiéndole los demás con ramos y flores de mil maneras llegamos al celebrado sepulcro, y con algunas palabras, de que yo ahora mal me acuerdo, derramamos tres vasos de espumosa leche, dos de tibia sangre y uno de oloroso vino, con cantidad de diversas flores, y los demás dones que cada uno traía: quien un manojo de azucenas, quien una canastilla de rosas: éstos panales de miel, y aquellos tabaques de olorosas manzanas; y llamando tres veces en altas voces las sombras de los sepulcros, y entre ellas la de la hija de Anfimedonte, y otras tantas sembrando las brasas de precioso incienso y olorosas yerbas, desde luego nos pareció dar principio á los comenzados juegos. Y tocando en ellos el primer lugar á la ligereza de los pastores, para el que en la carrera sobre los demás se aventajase, se nombró por primer premio una roja piel de un belludo león nacido dentro en Gétulia, de tanta hermosura y grandeza que bien al más dispuesto zagal podía servir de gaban y ayudar con belludas pestañas al pellico, con las uñas de bruñido azofar tan resplandecientes y limpias que de oro las habrías juzgado. El segundo fue un curioso rabel hecho de liso cedro, con todas las selvas del mundo, y los más famosos pastores que por los rústicos troncos de los pinos han escrito sus cantares desde las ondas de Aretusa hasta el humilde Sabeto. Por tercero y último premio se decla-

ró una galana hortera, que juntamente servia de coger fruta y ordeñar ovejas, aunque hasta entonces en ninguno destos ejercicios usada, de tan liviano peso que yo no sabia decir de cual palo fuese hecha, porque á ser de avellano en el color se hubiera conocido, y si de haya ó pino, como algunos dijeron, el olor nos lo manifestara: mas por las agradables pinturas que en ella habia no faltó quien dijese ser toda hecha de delicadas costras de álamo, viendo á Hércules que en ella coronado de sus mismas hojas con tanta viveza pasaba las estigias ondas, que se levantó porfia si la frágil barca de Caron, que en aquel punto le recibia dentro, abierta con el extraordinario peso de todo punto se iba á fondo: mas así el avariento viejo aceleraba su pasage y navegacion, que nadie sabia discernir cual caminase mas, él con su barca ó nosotros con nuestra vista; cuya velocidad queriendo el agudo pintor encarecer, un nocturno pájaro de los que en eterno silencio guardan aquellas riberas pintó volando tras el carcomido batelejo, como que su mucha ligereza fuese poca para alcanzarlo; ¿y que mucho si el uno vuela en sus alas y el otro en las del tiempo? Lo cual, como á novedad nunca vista, salian á ver las amarillas sombras que aquellas regiones habitaban, mostrando deseos de cantar las alabanzas del victorioso Alcides si de las olvidadas voces se acordaran, y el invencible guerrero cercado

de tanta multitud de almas no le fuera posible pasar, si con el liviano soplo no abriera camino, levantando unas por el aire y otras desviando de sí, no de otra manera que el furioso cierzo suele volar por alto las secas hojas de los árboles; y no es esto lo mas que allí se mostraba, si á todo diera lugar el tiempo, mas á esta hora ya los dos famosos compañeros Liranio y Graciolo, acostumbrados á seguir los ciervos y alcanzar los lobos por la sierra, antes que nadie se habian declarado en el puesto: tras ellos salieron el pastor Leucipo, el conocido Rosanio y el vaquero Felicio, con otros muchos zagales de menos suerte y mas oscura fama; y apenas el dudoso reclamo de un pequeño silbo se oyó, cuando á un tiempo como ligeros relámpagos por aquellos llanos se esparcieron volando, con tanta velocidad, que atrás dejaban el pensamiento. Delante resplandecía Liranio como un escondido rayo: tras él, aunque algo apartado, Leucipo; y tras Leucipo el famoso Graciolo, á quien seguia el vaquero Felicio casi recostado en sus espaldas, y levantándole con el soplo los cabellos. Veis aquí que ya llegaban á lo último del señalado término, y apenas de su mucha ligereza se podia decir que las delicadas yerbas humillasen, cuando Liranio, que casi con la mano tocaba el primer premio, deseoso de darle el segundo á su querido Graciolo, súbitamente se paró en la carrera para obligar á Leucipo, que tras él

venía, á que huyendo de un peligroso lugar Graciolo cobrase la delantera: mas ahora fuese que Leucipo conociendo el engaño no quisiese torcer su primer camino, ó lo que mas apariencia tiene, llevado de su mucha velocidad sin poderse detener, con tanta furia llegó sobre el cauteloso pastor, que ambos á un tiempo resbalando en las húmedas yerbas, mojadas con la sangre de los sacrificados becerros, se hallaron en el suelo, no sin perjuicio de los que le seguían; porque Graciolo, Felicio, Rosanio y Alceo, que mas cerca se hallaron, tropezando el segundo en el primero y el tercero en el segundo, sin poderse ninguno tener uno sobre otro fueron cayendo de tal manera, que á Liranio faltó poco para que la mucha carga no le ahogase, y siendo antes el primero, apenas debajo de los otros se podia rodear. Entonces Arcisio, Alcino y Florenio, que desconfiados de sí casi en el puesto se habían quedado, viendo el no esperado suceso de los compañeros, no sin mucha grita de los que miraban de nuevo comenzaron á cobrar ánimo y pretender el olvidado premio, que ya todos por de Florenio juzgaban y él en su pensamiento disponia dél; cuando Felicio, saliendo de entre los caidos, cual ligera culebra que por las yerbas se resbala gateando llegó donde los hermosos despojos del leon estaban colgados, y dejando á Florenio el segundo premio, que se contentó con él, tomó para sí el primero y Arcisio el

último, dándolos, como siempre, la fortuna á quien con menos esperanzas vive; y Leucipo, agraviado del pasado engaño, para ser todo leon no le faltaba mas que el premio que Felicio de las manos le habia quitado: mas Anfimedonte, deseoso de templar los alborotados ánimos, con iguales dones los concertó, reservando á Liranio, que quizá por su malicia no lo merecia. Mas él no pasando por tal agravio, si tanta lástima, dijo, tienes de los que caen, ¿quien mas digno es de compasion que yo, pues siendo el primero en la carrera así debajo de todos me ví envuelto en aquella sagrada sangre, que verdaderamente creí que hoy se hacia de mí el último sacrificio? Y con esto mostraba las manos y la cara como si maduros madroños fueran, y tal que á todos provocaba á risa; y mas al famoso Anfimedonte, que dándole un precioso zurrón hecho de una abortiva ternera: toma, pastor, le dijo, que aun de los caidos se suele acordar la fortuna; y colgando tras esto de un pino un cayado, que todos al principio por retorcida culebra le tuvimos: éste, dijo, será de aquel que echado sobre su bastón de pechos, sin tocar los pies al suelo victorioso de los demas quedare, batallando á saltos como en otras tierras he oido que hacen los hombres que con un solo pie nacieron. A la hora muchos pastores viérades cruzar por aquellos llanos sobre sus cayados tendidos, con tanta orden y destreza que quien de léjos los

mirase: esta es sin duda, diría, manada de belicosas grullas que con solo un pie agradablemente van saltando, donde unos por derribarse y otros por defenderse no se podían excusar graciosos lances de reir. En este tiempo Lirano bien creyó vengar á su salvo la caída que Leucipo le hizo dar en la carrera, y así después de haber por sí solo derribado otros muchos pastores, siempre le vimos andar tras él, hasta que llegando en su seguimiento á una pequeña laguna que cercada de verdes juncos á un lado del prado se hacia, deseoso de dar con su contrario en ella, con la demasiada codicia erró el golpe, y llevado de su misma furia dió con todo el cuerpo en el agua, donde á mucho pesar suyo y risa nuestra le convino lavarse de la sangre que en la pasada caída se le había pegado; y Leucipo, gozoso de tal suceso, olvidándose de saltar con el baston, en poco estuvo de acompañarle aquí la segunda vez. Al fin, no pudiendo tenerse mas sobre el cayado, con mucha risa se puso en pie á ver el caído, que lloviendo de su cuerpo arroyos de agua salía de la laguna confesando en sus dos caídas que nunca del ageno mal se siguió bien alguno. Y hallándose Rosanio por falta de los dos victoriosos dando placenteros saltos llegó á tomar su premio; y Anfimedonte, ya que toda la grita y porfiar de los pastores se hubo acabado, señalando un hermoso becerro que al pie de una encina habian atado, cubiertos

los pequeños cuernos de diversidad de rosas: de éste, dijo, podrá hoy hacer el sacrificio á las amadas ninfas quien en luchar á los demas se aventajare. Y no bien estas palabras se oyeron cuando el vaquero Filadelfo, acostumbrado á derribar los mas bravos toros, desnudándose el gaban comenzó á mostrar las anchas espaldas, los altos hombros y fornidos pechos, y tendiendo á todas partes los brazos con galanos golpes hería el aire, llamando al mas osado que con él se quisiese probar; y como en largo rato nadie saliese á la dudosa lucha, juzgándose ya vencedor, así vuelto á Anfimedonte dijo: Si nadie á mis conocidas fuerzas se atreve, ¿que causa hay para que el prometido premio se me dilate? Mándamele dar, pastor, si ya sobre todos le tengo merecido. Entonces Cristalio, no sé si corrido de semejante arrogancia, vuelto al pastor Selvagio, que sentado cabe él estaba, así oyéndolo todos dijo: O famoso Selvagio, sin provecho por cierto en un tiempo llamado despedazador de lobos, ¿tú aun sintiendo todavía calor en el valeroso pecho por semejante agravio pasas? ¿Tan honrado premio sin resistencia dejas llevar? ¿Donde, dime, tienes la fama que por toda la serranía ganaste, cuando los osos rendías, los lobos despedazabas, y los toros mas bravos por entretenimiento oprimias al yugo? ¿Que se hicieron tantos despojos como en tus techos colgaban? Cierto, pastor, esta sola demasía los

escurece todos, si es verdad que no en solo comenzar consiste el verdadero título de honrado. No creas, respondió Selvagio, que el deseo de alabanza y el amor del premio de mí por vano temor hayan huido; léjos estoy de imaginar en mí cosa que á mi nombre ofender pueda: mas con la vejéz helada no es mucho que, enfriándose las fuerzas, tambien en el ánimo se mitigue aquel orgulloso brío que en los mozos la caliente sangre cria: mortales somos, sujetos vivimos á los dias; ya fue tiempo que yo solo gozara los premios que por los demás se han repartido, cuando ni Melibeo me ganaba en cantar, ni Crisaldo corría mejor que yo, ni nadie en la lucha se me igualaba. Entonces Filadelfo habia de llamarme al campo, cuando sin ayudarme de mas industrias que mis manos despedazé aquel oso cuya es esta piel con que ahora me cubro; y diciendo esto, casi á pesar de su gusto osadamente saltó en el llano, mostrando á todos su belloso cuerpo, tan cubierto de ásperas cerdas como si una cerrada selva fuera, por cuya ocasion entre todos adquirió el nombre de Selvagio; y Filadelfo espantado de monstruo tan disforme, dejándole el campo y la victoria, no se atrevió á luchar con él; con que sin contradiccion se declaró por suyo el becerro. Entonces, asiéndolo por uno de los cuernos, con aquella facilidad lo trajo á nuestra presencia que si un pequeño cabrito fuera. Y puesto allí en medio de

todos como en triunfo suyo, desta manera le oimos hablar: Valeroso Anfimedonte, y vosotros conocidos pastores que presentes os hallais á mi victoria, notad ahora mis fuerzas y el título con que semejante nombre tengo, y si confiado en ellas entrar puedo en las venideras batallas; y tú, arrogante Filadelfo, cualquiera que de nuestros pastores seas, escucha ahora la forzosa muerte de que tu ventura te ha librado, que yo sin alguna duda creo, si esta vez entre los fuertes nudos de mis brazos te metieras, allí sin resistencia me dejarás el alma, no de otra manera que con Hércules le avino al famoso hijo de la tierra. Y vosotras, soberanas deidades, que nacidas en estos mismos montes mi razon escuchais y muchas veces fuistes fieles testigos de mis cosas, ahora en vuestros bailes esteis entretenidas ó con veloces carreras sigais el duro ejercicio de la gustosa caza, donde quiera que ésta mi voz os alcanzare recibid este postrero y último sacrificio con que victorioso á todas mis hazañas pongo fin, para quedar de hoy mas en eterno reposo, contento de dejar mi nombre inmortal en estas selvas. Así dijo, y alzando el puño en alto, con tanta fuerza lo bajó sobre la cabeza del temeroso novillo, que á un tiempo sin alma lo derribó á sus pies; y apenas en el suelo cayó, cuando en poderosas llamas consumido solas las sagradas cenizas se mostraron á nuestros ojos, sintiéndose por aquel tiempo en las cir-

constantes riberas un temeroso ruido, con que las selvas mostraron aceptar el presente sacrificio. Y él con tan soberana victoria de un divino furor arrebatado, deseoso de acometer mas altos hechos, sacando del zurrón su olvidada zampona, con este último cantar dejó á las selvas sosiego eterno, y al mundo nuevas esperanzas de mayores cosas.

## SELVAGIO.

Dulce zampona mía,  
Si acaso llena de divino aliento  
Algun dichoso día  
Por escuchar tu acento  
Hiciste al sol parar su movimiento;  
Si fuiste poderosa  
A traer tras tí los árboles sombríos,  
Y á tu voz sonora  
Y á los acentos míos  
Pararon las corrientes de los ríos;  
Si el tiempo no ha enjugado  
Tras tanto olvido tus alegres sonos,  
En son no acostumbrado  
He menester que entones  
Una canción por fin de tus canciones.  
Y al tiempo consagrada  
Te queda luego en este olivo santo,  
Donde seas invidiada,  
Y en honra de tu canto  
De laurel coronada y rojo acanto.  
Canta ahora en voz suave

No las vueltas del cielo presurosas  
Que vuelan mas que el ave,  
Ni empresas belicosas,  
Ni el curso de fortuna y de sus cosas,  
Ni del mundo apartado  
Las incultas riberas y regiones,  
Ni sobre el mar hinchado,  
Tras varias pretensiones,  
Desdobladas banderas y pendones:  
Que dese horrible espanto  
Al son heroico de clarines de oro  
Harás un nuevo canto  
Tan lleno de tesoro,  
Que al mundo asombre desde el indo al moro.  
Allí de Marte altivo  
Abrasarán las llamas cielo y tierra,  
Y retratado al vivo  
En fiero son de guerra  
Saldrá á luz el valor que España encierra;  
Sin que en toda ella quede  
Cosa digna de ser eternizada,  
Que en tí lugar no herede,  
Ni de cólera honrada  
Golpe, herida, escudo, arnes ni espada.  
Ahora en voz sabrosa  
Enjere al tiempo aquesta humilde planta,  
Pues la luz poderosa  
Que á ello te levanta,  
Del olvido tu canto desencanta:  
Que ya esta humilde avena,  
Por clara trompa de su nombre y mio,

En ocasion tan buena  
 De aquí consagra, y fio  
 Que será de inmortal honor un rio.  
 Y en hombros de la fama  
 Irá, si afable el hado corresponde,  
 De adonde se derrama  
 El alba hasta donde  
 Su luz en el salado mar se esconde.

FIN.

## GRANDEZA MEJICANA

DEL DOCTOR

BERNARDO DE BALBUENA,

DIRIGIDA

AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO  
 DON FRAY GARCÍA DE MENDOZA Y ZÚÑIGA,  
 ARZOBISPO DE MÉJICO, DEL CONSEJO

DE S. M.